

Testimonios

Basaldúa Silva, Jorge

2009

<http://hdl.handle.net/20.500.11777/3557>

<http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf>



TESTIMONIOS



La sección *Testimonios* estuvo representada por personaje sustantivos dentro la vida de nuestra universidad. A través de sus líneas, nos pudimos acercar a planteamientos más personales sobre los temas que, a lo largo de sus vidas, han sido para ellos fundamentales.

Más allá de la academia, los saberes se ensanchan nutridos por la vida que va ganando lugar en medio del trajín cotidiano. Las palabras inscritas en Testimonios ganan para los lectores este acercamiento vital, íntimo, que les permite conocer más a fondo a los autores. Pero más allá del trabajo de cada uno de estos personajes, en su conjunto, esta sección nos permite apreciar el pensamiento plural que va haciendo de la Universidad Iberoamericana Puebla un espacio abierto al diálogo.

La selección que ahora presentamos sirve de muestra para ilustrar lo anterior. A través de los seis artículos que la conforman, nos movemos del espacio estrictamente universitario, mediante la palabra de Armando Rugarcía, hasta los espacios sociales comunitarios donde la universidad ha tenido presencia; Mardonio Morales, Eduardo Almeida y Sergio Cházaro se encargan de contarnos sus experiencias en dichos ámbitos.

Hemos incluido el género de entrevista porque el diálogo representa una manera muy común de acercarse a los demás, y en este caso nos acercamos a quien es uno de los profesores emblemáticos del Sistema Universitario Jesuita, Miguel Manzur Kuri, a través de las plumas de Alejandro Morales Palacios y Alfredo Naime Padua.

La espiritualidad, origen y destino de la tarea humana de educar, es presentada a través del testimonio de Carlos Escandón Domínguez, quien nos habla de su experiencia preconciliar.



Esperamos que la lectura de estos testimonios abra los márgenes hacia nuevas perspectivas intelectuales y humanas, y contribuya a fortalecer el conocimiento de la propia universidad.

ENTREVISTA A M. MANZUR KURI

Alejandro Morales/Alfredo Naime

Quién podría olvidar la apasionada charla del Mtro. Manzur y sus innumerables sesiones de clase y seminarios que impartía, por años, en la Universidad Iberoamericana Ciudad de México. Alejandro Morales P. (+) y Alfredo Naime, a partir de una entrevista, nos abren la posibilidad de abrir el horizonte del pensamiento de un humanista, un intelectual del siglo XX que cuestiona la conciencia del hombre.

Inicia su conversación afirmando que la función del arte no es tanto exhibir la estructura de la sociedad o la del mundo, sino más bien poner en relieve lo que el ser humano es o los caminos que conducen a que el hombre tome conciencia de sí mismo.

Frente al racionalismo, el arte convalida su función en la construcción de la cultura como la oportunidad para manifestar un elemento esencial del arte que es el conocimiento del yo de la persona, del yo del artista del yo que todo hombre y todo contemplador que desea conocer e intuir.

Los entrevistadores, un filósofo y un comunicólogo, preocupados por el abandono del arte en los tiempos que corren, le preguntan: ¿La posmodernidad se manifiesta primero en el ámbito artístico? A lo que el Mtro. Manzur responde: «Es difícil de describir, pero se asume desde un desdén por el cuidado, las reglas, al oficio artístico, incluso a cierto amor a lo inarmónico y desequilibrado y hasta un abandono a las posturas típicas del racionalismo, el empirismo, el utilitarismo y una mirada mera-

mente técnica de las artes. Así desde el punto de vista artístico, la posmodernidad se ha manifestado también cuando menos desde hace 70 u 80 años.»

El perfil de Morales y Naime conducen la conversación a una pregunta profunda sobre el sentido del hombre: ¿Tener o ser en el mundo de hoy? La inteligencia y sensibilidad de Manzur se explicita en su respuesta: «Frente a ello la filosofía desarrolla una tarea en los pueblos al analizar, investigar y puntualizar temas. La filosofía tiene una función docente y de comunicación social en el sentido de regular la conducta de los pueblos e iluminar la inteligencia y sensibilidad de las personas para que comprendan que muchos de sus problemas y gran parte de sus necesidades no se relacionan con el tener sino con el ser».

EL PROYECTO EDUCATIVO DE LA UIA-P

Armando Rugaría Torres

La trayectoria de Armando Rugaría en la Universidad Iberoamericana es amplia y profunda. Con la experiencia que le otorgan esos años, hace una reflexión importante respecto al contexto de la educación en México y afirma: «la universidad es el lugar donde se citan la verdad y la nación... La universidad posibilita el ascenso de la nación a la verdad y, al mismo tiempo, brinda el descenso de la verdad a la nación».

Particularmente durante los años de su rectoría, hace evidente las fuerzas a las que enfrentaba desde esa particular posición, clarificando la misión universitaria en un contexto socio-histórico en el que ha habido confusiones y pérdida de sentido: la universidad como no es una realidad autónoma, sino una síntesis de fuerzas que buscan perfeccionar al hombre y a su sociedad a través del trabajo académico: docencia (educar), investigación (mejorar la sociedad) y la palabra (transformar al receptor).

La búsqueda y aplicación de la verdad reclama por libertad y la nación demanda, por un lado, mayor justicia y, por otro, mayor sometimiento: ¿Qué hacer? Plantea tres principios ante la búsqueda y aplicación de la verdad que, entre la demanda de mayor justicia y el sometimiento parecen dejar al hombre paralizado:

1º Burlar el dominio político para alcanzar un espacio de libertad.

2º Esquivar el dominio de los grupos dominantes para darle cierto respiro a la justicia.

3º No parece posible realizar históricamente los dos principios anteriores con lo que es imposible casar libertad y justicia.

Ante este último principio, plantea categórico: «Sólo las utopías fabrican tan necesarios matrimonios.... formar hombres y mujeres para los demás».

MISIÓN DE BACHAJÓN

Mardonio Morales

No estamos solos, dice Mardonio Morales de manera reiterada en su testimonio que aborda la historia de la Misión de Bachajón, en Chiapas; el Espíritu de Dios, tal como Jesús lo prometió, estará con nosotros, nos indicará el camino. En su escrito el autor nos va mostrando cómo este espíritu ha sabido combinar, a través de la historia de las comunidades indígenas, lo que para nosotros es prácticamente imposible: el respeto irrestricto a la libertad humana y el impulso fuerte y generoso para que el amor se realice en el mundo.

En un rápido vistazo, Mardonio Morales pasa de la Colonia a la Independencia, luego al Porfiriato, el México moderno hasta llegar a nuestros días; estos cinco siglos de historia son para el indígena una larga cadena de opresión, hambre y pobreza. Hay una pregunta implíci-

ta en todo el escrito ¿cómo es posible que ante tanta injusticia, la comunidad se mantenga valiente, trabajadora y fiel, no se arredra ante la opresión?, la respuesta es la presencia del Espíritu.

La Misión de Bachajón inicia con la entrega por parte del obispo Lucio Torreblanca, de la parroquia de este lugar en 1958. En los años sesenta la llegada del obispo Samuel Ruiz García, acompañado por el aire fresco que dio a la iglesia el Concilio Vaticano II, lleva a cabo una acción pastoral de acompañamiento a las comunidades. La rica vivencia de un contacto directo con el mundo indígena, hace surgir la indignación ética ante la cruda realidad de un abuso insoportable, es así que surge la denuncia eclesial ante las autoridades civiles de la condición que viven los indígenas.

En 1973 se inicia un proceso de reflexión de las comunidades indígenas, ellas eligen cuatro temas para examinar su realidad en ese momento: tierra, salud, comercio y educación. Como resultado se expone la magnitud de la opresión y surge el grito libertario que iniciará el proceso de lucha organizada: solamente unidos podremos salir adelante.

Samuel Ruiz sensible a la denuncia, pregunta a las comunidades cómo la iglesia los ha oprimido. Se inició una reflexión comunitaria, la respuesta pronunciada a mediados de 1975 fue en voz del Principal: «llevan ustedes 15 años de trabajo entre nosotros. No están trabajando bien, porque yo sé que Jesús trabajó tres años solamente. Lo mataron, resucitó y se fue al cielo con su Padre. Sin embargo su obra permanece desde hace 20 siglos. ¿Qué hizo Jesús que no están haciendo ustedes? Lo que Jesús hizo fue no dejarnos solos. Nos dio a su Espíritu. El Espíritu Santo fue el que conservó y lleva adelante el trabajo de Jesús. Pero ustedes nos niegan el Espíritu, lo tienen acaparado. Es cierto que nos dan al Espíritu Santo en el bautismo, pero ese Espíritu que se entrega para cuidar a la comunidad, ustedes lo tienen acaparado. Denos el Espí-

ritu Santo que cuida a la comunidad y no dependeremos de si ustedes están o no están entre nosotros».

Esta respuesta inició una nueva etapa en la Iglesia chiapaneca, se formaron diáconos indígenas con las características de su propia cultura. La Iglesia autoritaria se desdibuja para configurar una Iglesia de rostro y corazón verdaderamente indígena. Todo este proceso se da entre dificultades, oposiciones y calumnias por parte de miembros conservadores de la propia iglesia. No obstante el proceso se consolida y crece.

Ahora, en medio de este escenario –guerra en Chiapas– que amenaza de muerte a las comunidades, se busca cómo llegar al sacerdocio, en plena comunión eclesial, pero con las características propias de la cultura indígena. El autor concluye: ¿Cuál será el camino que abra el Espíritu? no lo sabemos, pero ante estas realidades tenemos la confianza de saber que no estamos solos.

VALDIVIA

Sergio Cházaro

A través de una crónica cargada de indignación, rabia y esperanza, Sergio Cházaro nos narra una tragedia ocurrida en septiembre de 1998 en Valdivia, comunidad del municipio de Mapastepec, en el estado de Chiapas.

«La lluvia se precipitó de manera salvaje. Una descomunal avenida de agua irrumpió en las partes bajas de la sierra destrozando todo lo que encontró a su paso. Miles de casa endebles no esperaban tanta agua, tanto lodo, tanta arena.» Y en mitad de este escenario Sergio pregunta: «Y dígame, ¿dónde queda Valdivia?» Y la respuesta es «Está usted sobre Valdivia.»

Guiado por Juan de Jesús, conserje hasta el día anterior del jardín de niños, Sergio va descubriendo la magnitud de la catástrofe. A cada

paso es posible percatarse de las condiciones de pobreza que las personas tenían en Valdivia antes del deslave. «Sobre la pobreza, más pobreza». El perfil de los techos de lámina apenas asoma bajo miles de toneladas de lodo. Las personas del lugar, asidas a una esperanza dura, palean sobre sus casas tratando de encontrar parte de lo poco que tienen.

Don Juan de Jesús al pasar por una enramada se detiene: «Esta es mi casa, así quedó.» Hurgando sobre el lodo distingue un aparato negro, lo desentierra y lo limpia un poco. Después de recargarlo en un tronco se acerca a Sergio y le dice «Me ha de servir, es un amplificador, lo voy a reparar y voy a comenzar de nuevo».

Cerca de Valdivia, el estruendo de cuatro helicópteros se hace presente. El presidente Ernesto Zedillo desciende y camina sobre una carretera. La comitiva lo acompaña, las autoridades del estado de Chiapas le exponen la situación con cifras sacadas de quién sabe dónde. Sin cruzar la frontera de la seguridad, manteniéndose en el límite del escenario real donde el olor a tragedia flota en el ambiente, el presidente da media vuelta, sube a su helicóptero y se va.

Es necesario cruzar la frontera, hacerse solidario con quien lo necesita, es necesario tomar conciencia y levantar la voz. Es fundamental, nos dice Sergio Cházaro, no quedarse en silencio, porque de esa manera, inscribimos el problema al ámbito de lo imposible.

«Ojalá –finaliza el autor– seamos suficientes 'obreros' para armar los andamios que nos salven a todos de esta y otras catástrofes».

LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO DE DERECHOS HUMANOS EN LA REGIÓN NORORIENTAL DE LA SIERRA NORTE DE PUEBLA

Eduardo Almeida

Eduardo Almeida comparte el proceso a través del cual, en San Miguel Tzinacapan, se fue gestando un movimiento en defensa de los derechos

humanos. La conformación de la Comisión Takachiualis AC en 1993 fue producto de un trabajo que inició veinte años atrás y que fue generando un proceso socioeducativo de recuperación de tradiciones, organización comunitaria y formación de investigadores.

El trabajo iniciado por un grupo de mujeres de Puebla, al que se sumaron dos personajes muy importantes de la comunidad, la curandera más influyente del pueblo y un líder campesino, otros miembros de la comunidad y profesionistas urbanos, no pretendía ni generar, ni educar, ni liberar a los indígenas, sino promover una relación de trabajo lo más horizontal posible que permitiera educarse y liberarse conjuntamente mediante la búsqueda de nuevos estilos que enfrentaran los desafíos de los tiempos presentes.

El trabajo se organizó mediante comités: educación, nutrición, producción, agua potable, mejoramiento comunitario. Uno de los ejes de la actividad relacionada con el estilo de vida, consistió en la revalorización de la lengua, de la indumentaria y de la celebración de las fiestas del ciclo de vida y del ciclo ceremonial. Una de las actividades que se menciona fue el desarrollo de un taller de tradición oral que buscó recoger la riqueza cultural que residía en las mentes de los habitantes. El resultado fue la recolección de más de 500 relatos: leyendas, consejos de los mayores, canciones, historias locales, relatos de fantasía.

Este desarrollo de la comunidad hace más evidentes para la mayoría los abusos de las autoridades tanto municipales como estatales. La impunidad de los delitos perpetrados contra indígenas va generando conciencia en la comunidad de la necesidad de no quedarse con los brazos cruzados, de ahí que a partir de 1989 empezó a tomar cuerpo la creación de un movimiento de derechos humanos.

La Comisión Takachiualis aseguró desde sus inicios la colaboración de organizaciones más allá del ámbito local, por ejemplo la organi-

zación Fray Francisco de Victoria AC y Amnistía Internacional. En 1994 tres mujeres indígenas de la Comisión ganaron el Premio Nacional de la Juventud; ese mismo año la Comisión recibió el Primer Premio Nacional Tata Vasco otorgado por el Sistema UIA-ITESO.

La Comisión sigue su trabajo en defensa de los derechos indígenas y se constituye en un ejemplo de organización que posibilita el desarrollo de la comunidad de la cual ha surgido.

EXPERIENCIA POSCONCILIAR

Carlos Escandón

Los grandes cambios en la Iglesia católica suceden en decenas de años, lenta y pausadamente. En la especial situación del Concilio Vaticano II, el P. Escandón recuerda de su maestro D. Olmedo SJ «el Concilio de Trento duró cien años para ponerse en práctica en la Iglesia de entonces» y se pregunta «¿Cuántos años serán necesarios para vivir lo que este Concilio proponga y enseñe en estas sesiones para un mundo más complejo?».

Carlos Escandón reconoce que su formación fue del final de la modernidad, *preconciliar*. Esto es, de tener seguridades y verdades en la mano, mirar el derrumbe de todo aquello. Hasta aquel entonces todo parecía lógico y correcto, pero el mundo había cambiado y no estaba repensando ni dialogando en él ni con él. La Filosofía de la modernidad que creía firmemente en el reinado de la diosa Razón se encontró divorciada del mundo real que en muchos puntos trascendía ya la explicación racional.

Juan XXIII, más allá de su enorme sentido del humor tuvo la capacidad de convocar e instruir «abramos las ventanas de la Iglesia» y al abrirlas entró el ruido, la confusión del mundo y, como Escandón identi-

fica, la entrada también de la luz del Espíritu Santo. A partir de ella surge la Constitución dogmática sobre la Iglesia que pretende aclarar a los fieles y a todo el mundo la esencia y misión de la Iglesia. Más aún, Escandón da un valor especial a la Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, diálogo entre la Iglesia y el mundo. Con ello se cerraba un libro al abrirse uno nuevo. Ante esto, el autor se pregunta: ¿para qué me iba a servir mi filosofía y teología preconiliar aprendida?

La primera impresión posconiliar fue la incertidumbre, inestabilidad. La segunda se refiere a la esperanza por la apertura en el diálogo ecuménico con otros creyentes cristianos o no cristianos y, más posiblemente tan importante como aquello, con las estructuras económicas, políticas sociales y culturales. En una palabra: escucharnos para corresponsabilizarnos de nosotros y de los otros.

Sin embargo, esta perspectiva a Carlos Escandón le ha dejado algunos resabios de tristeza y desesperanza porque la apertura a veces ha comenzado a cerrar un poco. Ahí, la tercera experiencia sustantiva: al paso del tiempo, aparecieron rupturas intraeclesiales: lefeberistas endurecidos, ultraderechistas con una doctrina preconiliar ortodoxa o la ultraizquierda presentando una Iglesia popular sin autoridad jerárquica de obispos.

Un cristianismo sin Iglesia y una Iglesia sin diálogo, nos confiesa Escandón. La unidad de la Iglesia comenzó a fracturarse y eso generó, en la experiencia personal del autor, mucho dolor y no poca confusión.

Aun con eso, los retos se ven como un fuerte llamado a la interioridad y a la mística. Los fieles tienen hambre de Sentido y Trascendencia, Sed de Dios. Escandón concluye con una búsqueda del Dios que siempre será mayor que mis deseos, temores y fantasías que se pregunta: ¿Quién soy? ¿Para qué o para quién existo?

Jorge Basaldúa Silva y Francisco Valverde Díaz de León